

circunstancias y con la expresa condición de que el poder ejecutivo habría de volver á tomar toda su fuerza.

«Si aceptáis la carta del rey, decía Robespierre, no habrá Constitución y será nulo el derecho de tenerle.» Duport, Gregoire y otros diputados hablaban en el mismo sentido.

Petion recuerda y acusa la orgía de los guardias de corps. Un diputado que había servido entre ellos pide por su honor que se formule la denuncia y que los culpables sean perseguidos.

«Yo denunciaría, dijo Mirabeau, y firmaría si la Asamblea declara que la persona del rey es la *única* inviolable.»

Esto era señalar á la reina. La Asamblea entera retrocede y la moción fué retirada; en aquel día hubiera provocado asesinatos.

Mirabeau mismo estaba bastante inquieto por sus tergiversaciones y su discurso sobre el veto.

Se acerca al presidente y le dice á media voz: «Mounier, París marcha sobre vosotros... Creedme ó no me creais, 40.000 hombres avanzan hacia acá... Subid al castillo y dad este aviso: no hay un minuto que perder.—¿París avanza?—pregunta secamente Mounier (creía á Mirabeau uno de los autores del movimiento).—Pues bien, tanto mejor; así seremos más pronto ciudadanos de una república.»

La Asamblea decide que se hable nuevamente al rey para pedirle pura y simplemente la aceptación de la Declaración de los derechos.

A las tres de la tarde Target anuncia que una multitud se acerca por la Avenite de París.

Todo el mundo tiene noticia del suceso. Unicamente el rey lo ignora. Como de ordinario, aquella mañana había partido de cacería y en aquel momento recorría los bosques de Mendon.

Se le buscaba en vano y mientras se tocaba generala; los guardias de corps montaban á caballo en la plaza de armas y formaban ante la verja; más abajo, á su derecha, cerca de la avenida de Sceaux, el regimiento de Flandes; más abajo todavía los dragones y detrás de la verja los suizos.

M. d'Estaing, en nombre de la municipalidad de Versailles, ordenó á las tropas oponerse al desorden, de acuerdo con la guardia nacional. La municipalidad había llevado su previsión hasta el punto de autorizar á d'Estaing á seguir al rey, si se alejaba, con la singular condición de volverle á llevar á Versailles lo más pronto posible.

D'Estaing se atuvo á la última parte de la orden, subió al castillo y dejó á la guardia nacional de Versailles arreglarse como pudiera.

Su segundo jefe, M. de Gouvernet, deja también su puesto y fué á colocarse entre los guardias de corps, deseando—decía—estar entre gentes que saben batirse y *sablear*.

Lecointre, el teniente coronel, quedó sólo para mandar la guardia nacional.

Entre tanto Maillard llegaba á la Asamblea nacional. Todas las mu-

eres querían entrar. Costó grandísimo trabajo conseguir que no entrasen más que quince. Se colocaron en la barra, estando en primera fila el guardia francés de que ya hemos hablado, una mujer que llevaba un



Picas de los vencedores de la Bastilla que se conservan en el Museo Carnavalet de París.—Gorro de oficial de policía de París del tiempo de la Revolución con las insignias populares bordadas en oro. Esta prenda la adquirió Gambetta, y á su muerte la legó al municipio de París.

tambor amarrado en lo alto de una pica y en medio el síndico gigantesco con su largo gabán negro desabrochado y la espada desenvainada en la mano. El soldado, con prosopopeya, tomó la palabra y dijo á la Asamblea que aquella mañana, no encontrando nadie pan en las panaderías, había querido tocar la señal de alarma, y habiéndole detenido y condenado á

muerte sus jefes, se había salvado gracias á las mujeres que le acompañaban.

«Venimos—terminó diciendo—á pedir pan y el castigo de los guardias de corps que insultaron la escarapela nacional... Somos buenos patriotas; en nuestro camino hemos arrancado varias escarapelas negras... Voy á tener el placer de despedazar una ante la Asamblea.»

A lo cual el gigante agregó: «Preciso será que todo el mundo tome la escarapela patriótica.» En la Asamblea se oyeron algunos murmullos.

«Y así todos seremos hermanos»—agregó la siniestra figura.

Maillard hacía alusión con esta frase al acuerdo de la municipalidad de París, que la víspera había declarado: «Que habiendo sido adoptada la escarapela tricolor como *signo de fraternidad*, era la única que debía llevar el ciudadano.»

Entretanto las mujeres, impacientes, gritaban: «¡Pan!, ¡pan!»

Maillard comenzó entonces á narrar la horrible situación de París, los convoys interceptados por las otras poblaciones ó por los aristócratas. «Quieren—decía—hacernos morir de hambre. Un molinero ha recibido doscientas libras para que dejase de moler, con promesa de darle otro tanto cada semana.»

La Asamblea: «¡Nombradle!, ¡nombradle!»

Gregoire había hablado ya en la Asamblea de este rumor que circulaba en París; Maillard se había enterado de ello en el camino.

«¡Nombradle!», seguía diciendo la Asamblea, y las mujeres gritaron: «Es el arzobispo de París.»

En aquel momento en que la vida de muchos hombres estaba pendiente de un cabello, Robespierre tomó una grave iniciativa. Apoyó á Maillard, indicando que el abate Gregoire había hablado del hecho y sin duda daría más informes y detalles.

Otros miembros de la Asamblea intentaron halagos ó amenazas. Un diputado del clero dió su mano á una de las mujeres para que la besara.

Se puso colérica y exclamó: «No he nacido para besar la pata de un perro.»

Otro diputado militar, condecorado con la cruz de San Luis, oyendo decir á Maillard que el gran obstáculo de la Constitución era el clero, se acercó á la barra y le dijo que en aquel mismo momento debería sufrir un castigo ejemplar. Maillard, sin inmutarse, respondió que no había acusado á ningún miembro de la Asamblea, que sin duda el clero mismo no sabía nada de ello y que prestaba un servicio dando aquel aviso.

Por segunda vez Robespierre apoya á Maillard y calma á las quince mujeres. Las que permanecían fuera se impacientaban, temían por la vida de su orador; circuló entre ellas el rumor de que había perecido. Lo llamaron con grandes voces; Maillard salió y se mostró un momento á la multitud, volviendo á entrar en la Asamblea.

Maillard entonces rogó á la Asamblea invitara á los guardias de corps á dar una reparación por la injuria hecha á la escarapela.

Dos diputados negaron el hecho... Maillard insistió en términos poco mesurados. El presidente, Mounier, le recordó el respeto que á la Asamblea se debía, agregando con habilidad que quienes quisieran ser ciudadanos podían serlo de buen grado... Esto era dar un pretexto á Maillard, que hábilmente se aprovechó de ello para decir: «No hay nadie que no deba enorgullecerse del nombre de ciudadano. Y si en esta Asamblea hubiera alguien que se hiciera el deshonor de rechazarlo debería ser excluido.» La Asamblea se conmueve y aplaude: «Sí, todos somos ciudadanos.»

En aquel momento llevaron una escarapela tricolor de parte de los guardias de corps. Las mujeres gritaban: «¡Viva el rey!, ¡vivan los señores guardias de corps!» Maillard, que se contentaba difícilmente, insistió en la necesidad de enviar lejos de Versalles el regimiento de Flandes.

Mounier, aprovechando la ocasión para terminar, dijo que ni la Asamblea ni el rey habían descuidado la cuestión de las subsistencias, que se buscarían nuevos medios y que podrían los manifestantes volver á París en paz.

Maillard no transigía, respondiendo: «No, eso no es bastante, no es suficiente.»

Un diputado propone entonces ir á expresar al rey la tristísima situación de París. La Asamblea lo acuerda y las mujeres, confiándose vivamente en esta esperanza, saltan al cuello de los diputados, abrazan al presidente: «¿Pero dónde está Mirabeau?—decían—queremos ver á nuestro conde de Mirabeau!»

Mounier besado, abrazado, casi estrujado, se pone tristemente en marcha con la diputación de la Asamblea y una multitud de mujeres que se obstinaban en seguirlo. «Ibamos á pie—ha relatado él mismo—llovía. Atravesábamos una multitud mal vestida, rugiente, armada. Los guardias de corps, formados en patrullas, pasaban á galope.» Los guardias, viendo á Mounier y á los diputados con el extraño cortejo que se les hacía por honor, creyeron aparentemente ver á los jefes de la insurrección, quisieron disolver aquella masa y corrieron con sus caballos á través de ella. Los inviolables escaparon como pudieron y se salvaron milagrosamente.

¡Júzguese de la rabia del pueblo que se figuraba que yendo con ellos sería respetado!...

Dos mujeres resultaron heridas de sablazos, según algunos testigos (1). Entretanto el pueblo nada hizo. Desde las tres de la tarde á las ocho de la noche estuvo paciente, inmóvil, aparte los gritos, los silbidos cuando pasaba el odioso uniforme de los guardias de corps. Un niño tiró algunas piedras.

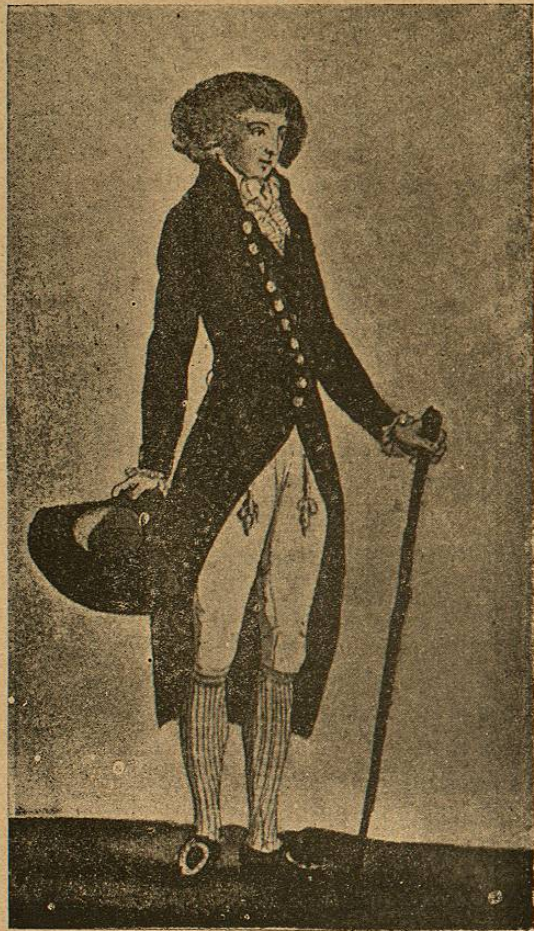
Al fin encontraron al rey; volvía de Meudon sin precipitarse.

Mounier, reconocido al fin, fué recibido con doce mujeres. Habló

(1) Si el rey prohibió acometer, como se ha afirmado, lo hizo muy tarde, demasiado tarde.

al rey de la miseria de París; á los ministros de la petición de la Asamblea, que esperaba la aceptación pura y sencilla de la Declaración de los derechos y otros artículos constitucionales. El rey, entretanto, escuchaba á las mujeres con bondad. La joven Luisa Chabry había sido en-

## MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Un parisién de la clase media.—(Figurín de la época)

cargada de llevar la palabra; pero delante del rey su emoción fué tan fuerte, que apenas pudo decir: «¡Pan!» y cayó desvanecida. El rey, muy conmovido, hizo socorrerla, y al marcharse, cuando ella quiso besarle la mano, el rey la abrazó como un padre.

Luisa salió realista y gritaba: ¡Viva el rey! Las que esperaban en la plaza, furiosas, creyeron que en el castillo la habían comprado; tuvo necesidad de enseñar los forros de sus bolsillos, jurar que no tenía di-

nero; y las mujeres, no creyéndola, le pasaban sus ligas por el cuello para ahogarla. Con grandísimo trabajo pudo librarse. Fué necesario que volviese á subir al castillo y obtuviera del rey una orden escrita para hacer venir trigo, para evitar todo obstáculo en el aprovisionamiento de

## MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Una aristócrata.—(Figurín de la época)

París. A las peticiones del presidente, el rey había respondido tranquilamente: «Volved á las nueve.» Mounier se quedó en el castillo, á la puerta del consejo, llamando de hora en hora hasta las diez de la noche. Y nada se decidió.

El ministro de París, M. de Saint-Priest, había sabido la noticia demasiado tarde (esto prueba como la partida á Versailles fué imprevista y espontánea). Propuso que la reina partiera para Rambouillet y que el

rey se quedara, resistiera y combatiera en último caso; sólo la partida de la reina hubiera tranquilizado al pueblo y evitado la lucha.

Necker quería que el rey fuera á París, que se confiara al pueblo, es decir, que fuera franco, sincero y aceptara la Revolución.

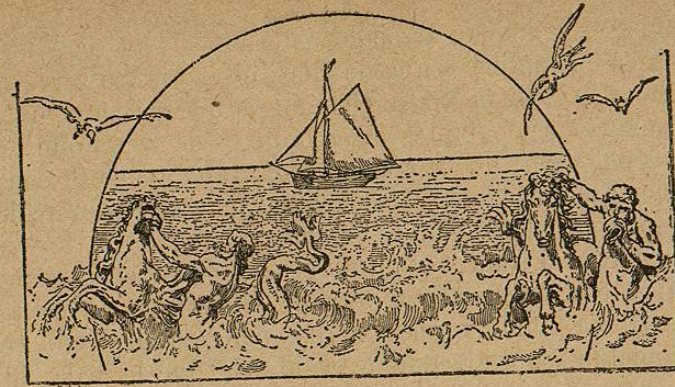
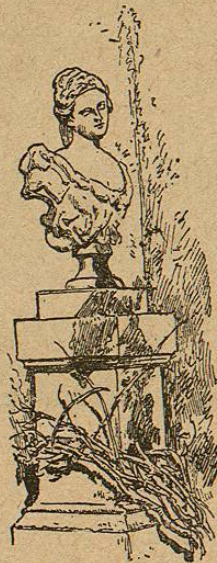
Luis XVI, sin resolver nada, prolongó el consejo con objeto de consultar á la reina.

Ella quería partir, pero con él, no dejando entregado á sí mismo un hombre tan irresoluto; el nombre del rey era su arma para comenzar la guerra civil. Saint-Priest á las siete supo que Lafayette, obligado por la guardia nacional, marchaba sobre Versalles. «Es preciso partir inmediatamente—dijo.—El rey, á la cabeza de las tropas, pasará sin dificultades.»

Pero era imposible decidirlo á nada. Creía que, alejado él, la Asamblea haría rey al duque de Orleans. Además, le repugnaba la idea de huir, y paseándose agitadamente por la habitación, repetía de vez en cuando: «¡Un rey fugitivo! ¡un rey fugitivo!»

Entretanto, insistiendo la reina sobre la marcha, fué dada la orden de preparar los coches.

No había tiempo que perder.



## CAPITULO IX

### El pueblo lleva el rey á París el 6 de Octubre de 1789

Continuación del 5 de Octubre.—La primer sangre derramada.—Las mujeres y el regimiento de Flandes.—Lucha de los guardias de corps y de los guardias nacionales de Versalles.—Espanto de la corte.—Las mujeres pasan la noche en la sala de la Asamblea.—Lafayette obligado á marchar á Versalles.—6 de Octubre.—El castillo asaltado.—Peligro de la reina.—Los guardias de corps salvados por los exguardias franceses.—Vacilaciones de la Asamblea.—Conducta del duque de Orleans.—El rey llevado á París.

Un miliciano de París, arrastrado por un grupo de mujeres y hecho su jefe, á pesar suyo, que exaltado por el camino se encontraba en Versalles más fogoso que los demás, se aventuró á pasar detrás de los guardias de corps; allí, viendo la verja cerrada, insultó y amenazó con su bayoneta al portero colocado detrás. Un teniente y dos guardias nacionales sacaron los sables y persiguieron al osado para darle caza. El infeliz, huyendo en loca carrera, quiso refugiarse en una barraca; y huyendo siempre, tropezó y cayó al suelo pidiendo socorro. Los guardias nacionales de Versalles no pudieron contenerse; uno de ellos, un mercader de vinos, se abalanza sobre él y lo detiene después de romperle el brazo con que manejaba su sable.

D'Estaing, comandante de esta guardia nacional, estaba en el castillo creyendo á cada momento que partía con el rey. Lecointre, teniente coronel, estaba en su puesto pidiendo órdenes á la municipalidad, que ésta no le daba. Temía, con razón, que aquella multitud hambrienta se decidiera á recorrer la ciudad y lograra alimentarse por sí misma.

Pide víveres, solicita de la municipalidad que los arbitre y no se reúne más que un poco de arroz, que resulta nada para tanta gente. Entonces hizo buscar en todas partes, y gracias á su loable diligencia se calmó un poco el pueblo.

Al mismo tiempo se dirigía al regimiento de Flandes y preguntaba á los oficiales y á los soldados si harían armas contra el pueblo. Estaban éstos influidos ya por otra más poderosa recomendación.